

LAS MONJITAS DE SAN JUAN

Antonio PIÑEIRO SÁNCHEZ



MANECE un día nublado, lluvioso, triste en la mar. Alguien aparece por el puente y pregunta:

—¿Estáis seguros que esto es el Caribe? ¿No habréis confundido la derrota y en realidad estamos llegando a Ferrol?

Era el Caribe. Recalábamos, a bordo de la fragata *Almirante Juan de Borbón*, en la isla de Puerto Rico un día antes de entrar en San Juan en nuestro tránsito a San Diego (California) para realizar la CSSQT (Pruebas Finales del Sistema de Combate).

Converso con el comandante sobre unas monjitas que saludan desde una ventana de su convento con una bandera española cada vez que entra un buque español en San Juan:

—¿Se mantendrá esa costumbre?, ¿sabrán de nuestra llegada?

—Probablemente nadie las habrá avisado, pero seguro que a nuestra salida nos despedirán bandera española en mano.

Al día siguiente entrábamos en San Juan. A la vista, el impresionante Castillo del Morro, testigo mudo pero altivo de nuestra larga estancia en estas latitudes. Embarca el práctico y lo primero que le comenta al comandante es si estamos listos para responder al saludo de las monjitas, ya que ellas se enfadan muchísimo si no son correspondidas. Nuestras primeras dudas se han disipado. La tradición sigue y, además, conocen nuestra llegada.

Avanzamos hacia la entrada de la bahía. El Castillo del Morro cada vez más cerca, cada vez más impresionante. Aquí huele a España. Doblamos el Castillo y un marinero, desde el alerón, comenta:

—¿Habéis visto aquello? Es un edificio lleno de banderas españolas.



La fragata *Almirante Juan de Borbón* entrando en San Juan de Puerto Rico.



Imagen del convento en plena bienvenida.



Visita del comandante y oficiales al convento.

Salgo al alerón. Impresionante lo que estábamos viendo. Era el convento de las monjas. Todas sus ventanas y balcones con banderas de España: grandes, pequeñas, nuevas, antiguas..., y todas ellas, las monjas, agitando brazos y banderas. Pocas cosas me han emocionado tanto. A mí y a gran parte de la dotación que no conocía esta costumbre.

Nos vamos acercando más y más. El práctico nos invita a aproximarnos a la boya que indica que ya no podemos acercarnos más. Pasamos cerca, muy cerca del convento. Hacemos sonar la música por exteriores, hacemos sonar nuestras sirenas, una vez, dos, tres.... Es una bienvenida sin final. Bajamos velocidad. Mínima de gobierno. Queremos prolongar este acto tan entrañable como inesperado. La dotación comenta incrédula lo que está viendo. Agitamos nuestras gorras desde los puestos de Br y Er de guardia. Impresionante. Emocionante.

Así fue nuestra entrada en San Juan de Puerto Rico. Ante tal muestra de cariño, el comandante, segundo comandante y un grupo de oficiales acudimos al convento para agradecerles la calurosa bienvenida e invitarlas a visitar el barco.

Al día siguiente llegaban al buque sor Dolores Iriarte (Navarra), la más veterana; sor Carmen Urriza (Navarra), la superiora; sor Lucía Munárriz (Navarra), sor Josefina Aranzo (Castilla), sor Maximina Gálvez (Andalucía),



Visita de las siervas de María al buque.

sor Virtudes García (León), sor Guadalupe Castro (México), sor Juana Ortega (República Dominicana) y sor Silvia Correa (Puerto Rico). Visitan el barco y al llegar al puente y ante la imagen de la Virgen del Carmen entonan una *Salve* cantada en latín y le ponen su escapulario. Bajamos a la cámara de oficiales y les ofrecemos un ágape de productos de la tierra. Nos dicen que para la despedida no nos van a poner tantas banderas porque les da mucho trabajo, pero que va a ser igual de emotiva que la entrada. Y nos explican el por qué de esta tradición. Éste es el relato:

«En el año 1887 se establecieron en San Juan las religiosas Siervas de María en el Hospital de Nuestra Señora de la Purísima Concepción, fundado en 1524 y restaurado en 1928. La situación de este enclave, cara a la bahía de San Juan, hacía que las hermanas que allí desempeñaban su labor salieran a balcones y terrazas, agitando sus brazos y pañuelos, para recibir o despedir a los barcos españoles que traían o llevaban a la metrópoli a otras compañeras».

Como es bien conocido, a finales del siglo XIX, España se vio envuelta en una serie de guerras de independencia de sus colonias en América. En la última, la de Puerto Rico, en la que tomó parte directa los Estados Unidos, al cese de hostilidades se tuvo que ceder la isla. El último barco español, el *Antonio López*, anclado en la bahía de San Juan, partía para España un día del año 1900 llevando a bordo un contingente de derrotados soldados españoles. Antes de salir de la bahía este barco fue hundido por los buques americanos, llenando las aguas de San Juan de sangre española de unos héroes que, según impresión testifical, desaparecían de entre las aguas rechazando el socorro de sus enemigos.

Cuando el drama tocaba a su fin, un marino llegó nadando y malherido hasta la orilla. Un testigo se deslizó hasta el hombre, el cual tenía en su pecho una bandera roja y gualda. Éste, al percibir al extraño se esforzó por volver al agua, pero el extraño le gritó:

—No temas, quiero ayudarte. Soy español.

—¿Cómo se llama? —preguntó el heroico marino.

—Rocafort, contestó el extraño.

—Señor Rocafort guarde esta bandera y júreme que no caerá en manos extrañas.

—Te lo juro.

Tras estas palabras, expiró el heroico marino.

Rocafort miró hacia la bahía donde el *Antonio López* se hundía lentamente. En la popa no había bandera. Rocafort se estremeció al comprobar que la bandera del *Antonio López* estaba en sus manos.

Pasaron los años y con el tiempo Puerto Rico cambió de fisonomía. El español, y gallego por cierto, Rocafort contrajo matrimonio y tuvo hijos puertorriqueños. La familia estaba preocupada por la actitud del patriarca que cada día, a la misma hora, salía al balcón de su casa, se mostraba inquieto y, a veces, lloraba.

Un día de esos las monjitas del Hospital de la Purísima Concepción saludaban con sus pañuelos blancos la llegada de un buque español. Surgió de pronto una idea en la mente de Rocafort. Para algo tenía que servir la bandera del *Antonio López* y la gesta del heroico marino. Y así salió un día de su casa con un bulto bajo el brazo. Se dirigió hacia el convento y después de tres horas volvió a casa. Ya no era el mismo Rocafort.

Desde ese día y cada vez que un barco español hace su entrada en la bahía de San Juan las monjitas lo saludan, no ya con sus pañuelos blancos sino con una bandera roja y gualda. El resto, hasta hoy, es producto del paso de los años.

Desde hace ya un tiempo los únicos barcos españoles que entran en San Juan son de la Armada, que ante tal recibimiento han ido regalando banderas a las monjas. Así hasta nuestra entrada.



Antes de desembarcar.

Se ha convertido ya en una tradición bien conocida, no sólo en la ciudad de San Juan sino también en la Armada.

Recientemente, estas monjas, las Siervas de María de San Juan de Puerto Rico han sido propuestas por el comandante de la fragata *Almirante Juan de Borbón* para una Cruz del Mérito Naval. La tienen más que merecida. Por su patriotismo, por su trabajo para los demás, por despertar en todas y cada una de las dotaciones de los buques que visitan Puerto Rico torrentes de emoción y hacernos sentir más cerca de España.

¡Que Dios las bendiga!

